

Dirección. Redacción y Administración. Plaza de la Constitución, 5.

El Pueblo

Precios de suscripción.

En Totana el mes, 0'60

Fuera, el semestre, 4'00

El año, 8'00

Pago adelantado

Semanaario de información general y fomento agrícola

No se devuelven los originales



Con censura Eclesiástica



La correspondencia al Director

De la vida

SIGUE LA ZAMBRA

Ni el sofocante calor que ya en estos días nos agobia, que más que accidente terreno parece soplo de los propios infiernos, tiene influencia bastante para atajar la marcha iniciada, en la política local, como venimos informando a nuestros lectores desde hace algún tiempo; y al tratar de insistir hoy nos vemos obligados a dar a conocer un nuevo aspecto, que si bien ha sido engendrado en algún tiempo, en la pasada semana llegó al máximo de realidad.

Las clases directoras de nuestra vida pública a las que incesantemente estamos llamando la atención, por ser las que contribuyen únicamente al malestar y desorganización de la vida de nuestro pueblo, parece ser que no dejan escapar nuestros presagios y en la anterior semana el principal distintivo ha sido los *cabildos*, tal vez futuras iniciaciones de nuevas orientaciones u acoplamiento de personalidades que en otros tiempos fueron verdaderos soles de nuestra política local y que después de permanecer apartados (cuando menos aparentemente) del palenque, se convierten en la actualidad en puntales y pudieran muy bien ser los cimientos del nuevo edificio, que debe tratarse de elevar sobre las cenizas humeantes de la desidia.

Difícil es la profecía y por eso con manifiesto temor hemos de indicar la insuficiencia del procedimiento, no dejamos de reconocer que con aunar voluntades algo se adelanta, pero estas voluntades si no están íntimamente trabadas con lazos irrompibles sería momentánea la unidad.

Una organización en las clases acomodadas debe ser el principio, pero la acción, el hecho, la realidad que convence y dice más que los labios es lo verdaderamente irrefutable, la opinión sana, la opinión del pueblo pequeño que trabaja y siente, pero con el sentir incorrupto del niño, que si fuera posible educarse con el ejemplo hoy ya estaría convertido en fiero tigre, porque esta es la lección que por fortuna no aprovecharon, pero que si se se les dió por aquellos sobre los que pesa la responsabilidad de dirigir y que parece que en porfiado empeño desean ser las víctimas de la ira popular viril manifestación de dignidad de los pueblos.

SOBRE UNA DENUNCIA

En estos últimos días corre la versión en Totana de que por mi ha sido retirada cierta denuncia que hace días presenté al Juzgado de Instrucción de este partido y que el Diputado Sr. Maestre Zapata insistentemente me lo ha rogado.

En aras de la verdad y de la justicia desmiento en absoluto las dos versiones; yo no he retirado denuncia alguna ni retiraré y el Sr. Maestre no me ha hecho ni la más ligera indicación en aquel sentido, pues él ama la justicia y esto sería burlarla.

El Sr. Maestre deseaba tuviésemos una conferencia para cambiar impresiones, sobre ciertos extremos relacionados con política administrativa de nuestro Municipio, (por la que se encuentra muy interesado) y sabiendo que yo tenía ciertos estudios hechos sobre el particular el lunes pasado me hizo el honor de mandarme su automóvil para que me trasladara a su finca «La Charca» donde reside, y para aquel objeto únicamente.

Lo que me congratula hacer público en honor de mi estimado amigo como en él propio.

Y así verá la opinión pública (que me asiste en estos momentos) que no faltan imaginaciones fantásticas, capaces de buscar con la mentira efectos políticos, que es lo que indudablemente se persigue con estas noticias.

Totana 14 de Julio de 1923

Francisco Javier Cayuela Parra

Los dos mercaderes

FÁBULA

Con la misma mercancía y siguiendo igual camino que a una ciudad conducía, dos mercaderes, un día iban, de un pueblo vecino.

El uno continuamente se entretenía y paraba, apedreando inútilmente a todo perro insolente que a su paso le ladraba.

El otro siempre ligero seguía sin hacer caso adelante su sendero; y dejó paso tras paso, muy atrás al compañero.

Pronto llegó a la ciudad; y apenas salió al mercado, la gente con ansiedad le compró todo al contado, con muy buena utilidad.

Llegó el otro tardamente, puso su género en venta, pero desgraciadamente: pues ya surtida la gente, nadie a comprar se presenta.

¡Ah logrerros! ¡raza impial traspasó a precio muy bajo, al cabo, su mercancía; llorando perdido el día, el dinero y el trabajo.

«Nosotros no nos paramos tampoco en nuestro sendero; a nuestro fin rectos vamos, y el buen ejemplo tomamos del comerciante primero».

«Ladren con furia y sin tino los canes a nuestro paso; todo eso es pobre y mezquino; nosotros no hacemos caso de los perros del camino.

L. LINARES

A modo de interviú

«SEVILLA LA CHICA»

Sentados bajo un grupo de pinos que alzan sus altas y esbeltas copas, a pocos pasos de la finca, charlábamos, ellas dos y yo, amigablemente. Era un atardecer de mayo; el aire traía hacia nosotros los dulces y fragantes aromas de las flores, que con verdadera profusión, rodean aquel retirado nido de dos mujeres, rubias y bellas ambas, alta una y de elegante cuerpo, algo más baja la otra pero de graciosa presencia.

Cada mortal tiene su fetichismo; unos adoran la boca, otros los pies, otros las manos...; yo me entusiasmo y siento veneración por los ojos azules ¡Y cómo estaría yo en esta ocasión, teniendo mis interlocutoras los ojos del color del cielo!

Los de la mayor on sclaros, transparentes, pudiendo observarse en ellos, como a través de las tranquilas aguas de un lago, el fondo de su alma, noble y sencilla. Los de la pequeña son mas grandes y de largas y sedosas pestañas; ojos rasgados y de pupila dilatada, que expresan el temperamento ardiente de su linda dueña. Las dos son jóvenes y alegres, con alegría de pájaros, que hace contagiarse a quien está a su lado,

Es la hora en que los segadores vuelven del penoso trabajo, en que abrasados por el ardiente sol, recogen el fruto que ha de convertirse en pan para sus hijos, para su familia. Una pesada carreta cargada de mieses, avanza por el camino chirriando las ruedas con una algarabía infernal, al paso cansino de los bueyes. Su conductor, un mocetón robusto, todo bañado en sudor, que nos hace pensar en la célebre máxima: «ganarás el pan

con el sudor de tu frente», (va entonando un fandanguillo, con voz potente y bien timbrada:

«Me digistes que venías, y hasta las diez te esperé y viendo que no venías, hice cama y me acosté porque el sueño me rendía».

Escuchamos esta música alegre y bulliciosa y nuestra conversación se encauza, aunque por poco tiempo, por un derrotero sentimental. La menor de las dos hermanas, me mira con sus dulces ojos y me dice:

«¿Has oído el fandanguillo? ¡Qué bonito es! ¡Parece ser que el que lo canta ríe y llora al mismo tiempo! ¿Verdad?»

Y sin dejarme responder, canta a media voz:

«—Antes de morir mi mare a mí me llamó y me dijo: no lo sabrás ni lo sabes hasta que no tengas hijos lo que te quiere tu mare».

«¿Porqué será tan triste la copla andaluza?—me dice la mayor—¡Levanta los corazones y dán ganas de llorar oyéndola!

«—En Cartagena la cantan muy bien y con mucho sentimiento,—dice la menor.

«Por algo la llaman «Sevilla la chica», contestó la otra.

Yo escucho a estas dos mujeres que así hablan de su tierra, de una ciudad que no conozco, pero que por parecerse a mi Sevilla del alma, comprendo que me ha de gustar; así mismo se lo digo a ellas; pero, ojalá no lo hubiera hecho nunca. Una risa argentina, una carcajada límpida y sonora, es la contestación que la menor dá a mis palabras. Esta muchacha encantadora, posee la rara habilidad de estar seria o alegre cuando le conviene. ¡Y habilidad puede llamarse a esta facilidad de contener o expresar sus sentimientos como quiere y cuando quiere!

«—¿No conoces Cartagena?—me dice sin poder contener la risa que, a borbotones, sale de su boquita de labios finos y rojos.

«—No, no la conozco y lo siento —digo yo, cortado por aquella risa que, sin saber porqué, me azora.

«—Pues vé a verla y luego nos dirás si has visto algo mejor, en la media España que has recorrido,—dice la mayor, poniendo en sus palabras y en su mirada tanta dulzura que, como por ensalmo, vuelvo a recobrar la tranquilidad que la risa de la otra, ¡chiquilla al fin!, me quitó por un momento.

Y ya tranquilo, comienzo a hablar, sin preocuparme de las risas que la pequeña suelta de cuando en cuando, como burlándose de lo que digo.

«—Sí, iré a verla y a este viaje deberé la dicha de conocer la tierra donde nacieron dos ángeles que estoy mirando. Pero, a pesar de no haber estado nunca, parece que la he visto muchas veces o por lo menos me la figuro. No sé si estare equivocado.

«—¡A ver, habla!—dice la menor que, cosa rara, al decirle ángel se ha puesto seria.

«Yo me figuro que Cartagena —sigo diciendo— es una ciudad hermosa. ¿Sa-

beis porque me la figuro así? Pues porque la ciudad que cuenta entre sus hijas, con dos mujeres como vosotras, ha de ser hermosa a la fuerza. Me figuro a Cartagena, limpia, blanca cual nivea paloma; aseada cual enamorada que espera a su amante. Me la figuro de calles rectas y anchas calles aristócratas, de moradas suntuosas. Me figuro su costa, besada constantemente por las olas del mar, su eterno enamorado, ese mar azul que se llama Mediterráneo, el más bello de los mares y que será seguramente su mejor ornato. Y sobre todo, me la figuro como cuna de hermosas mujeres; las cartageneras tienen fama de bonitas, (esto era lo único que de ella sabía) y ahora que os conozco veo que no miente la fama, pues ya sabéis el refrán: «para muestra...» No sé si acertaré en mis suposiciones; ¿es así Cartagena?»

Las dos hermanas me miran con ojos que expresan el agradecimiento que sienten por mis palabras y revelando su modestia sin límites, me dicen las dos a un tiempo, con los rostros cubiertos de arrebol.

«En parte sí, pero en parte...»

«¿Cómo es eso! —digo yo comprendiendo lo que quieren decir, pero sin darlo a entender.

«Pues queremos decir —díceme la pequeña— que en lo referente a la ciudad te has quedado corto; pero en lo de las mujeres... ahí te has pasado de largo.

«¡Como de largol—respondo levantándome— vosotros sois cartageneras y sois preciosas y ya os he dicho antes que «para muestra...»

Y me despido de ellas, estrechando sus manos y llevándome impresos en mi mente, el color de sus ojos azules y el arrebol de sus mejillas, semejantes al aspecto del cielo, que en este momento de la puesta del sol, tiene reflejos granca cual si de certera puñalada hubiesen herido el firmamento y brotase la sangre de la azul herida.

El Duende del Misterio

Mazarrón

Suelen preguntar algunos con marcada intención: ¿Cuándo van ha empezar las obras del Puerto de mar? Sin recapacitar, que esa pregunta puesta en boca de nosotros, que habíamos de ser los directamente beneficiados, lleva envuelta la calificación del que la hace, ante cualquiera persona sensata.

A eso contesto yo. No empezarán nunca, siguiendo en esta actitud. Empezarían alguna vez, si tuviéramos el cinismo y la virilidad necesaria, para pedir y defender lo que debieramos, emancipándonos de la tutela en que vivimos, que incapacita a muchos para disponer de sus actos, quitándoles la libertad de acción para manifestar su verdadero sentir.

¿Preguntarais en este sentido y permanecerais tan indiferentes, si esta iniciativa hubiese partido de alguno de los que sino dan sueldos, dan facilidad-

